

S O P A D E L I B R O S

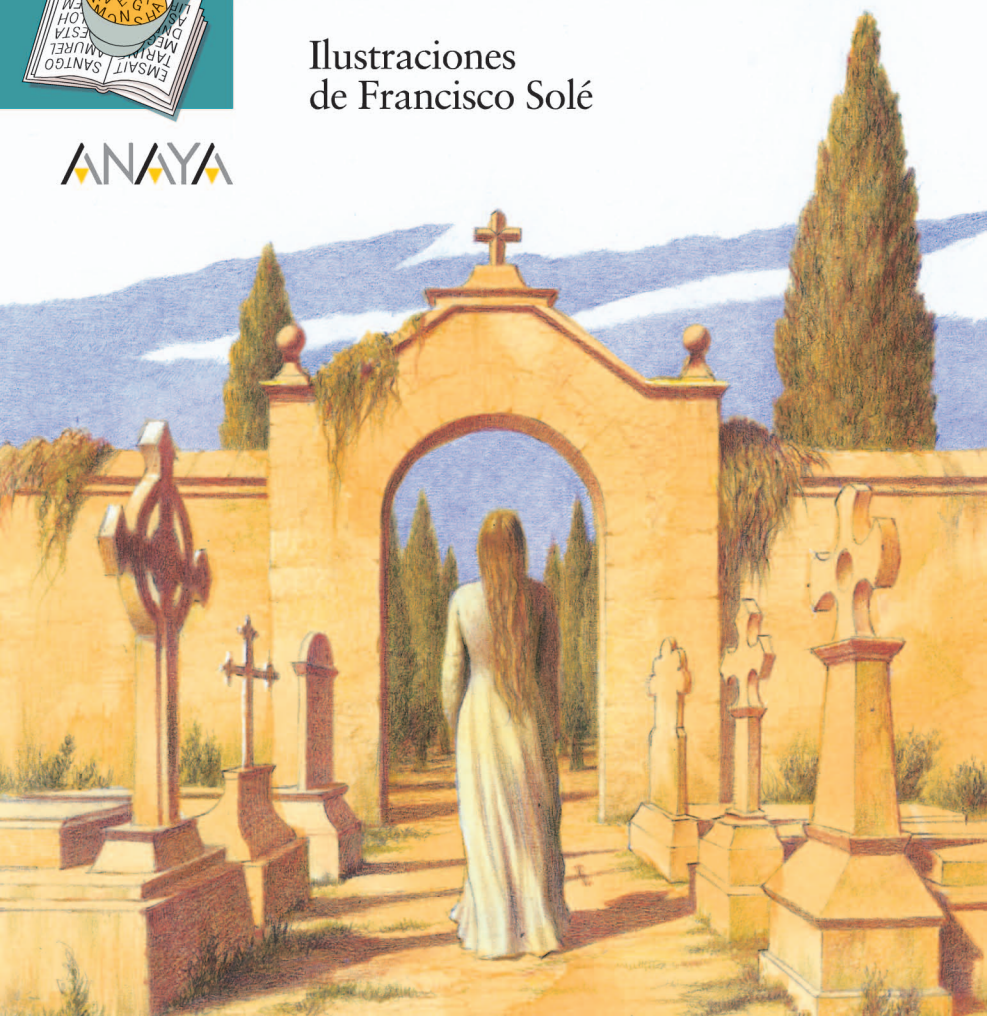
Concha López Narváez  
y María Salmerón López

# El abrazo de la muerte

Ilustraciones  
de Francisco Solé



ANAYA



© Del texto: Concha López Narváez y María Salmerón López 2011

© De las ilustraciones: Francisco Solé, 2011

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, abril 2011

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-667-9528-9

Depósito legal: M. 8729/2011

Impreso en Huertas, S. A.

Fuenlabrada (Madrid)


Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía  
de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

López Narváez, Concha y Salmerón López, María  
El abrazo de la muerte / Concha López Narváez  
y María Salmerón López ; ilustraciones de  
Francisco Solé. — Madrid : Anaya, 2011  
144 p. : il. n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 150)  
ISBN 978-84-667-9528-9  
1. Miedo. 2. Fantasmas. I. Solé, Paco, il.  
087.5: 821.134.2-3

---



SOPA DE LIBROS

Concha López Narváez  
y María Salmerón López

# El abrazo de la muerte

Ilustraciones  
de Francisco Solé

ANAYA

*A Marcos,  
a quien queremos tanto.*

## El abrazo de la muerte







## I LA HABITACIÓN CERRADA

Todo se fue complicando desde el principio: ya había salido tarde, y casi enseguida, el coche, que siempre iba como la seda, comenzó a hacer un extraño ruido y tuvo que acercarse a un taller; luego, cuando dejó la autopista, la carretera comarcal estaba en obras, y en el último tramo se le puso delante un camión con remolque. En resumidas cuentas, que el sol ya enrojecía, entre oscuras y amenazadoras nubes, cuando divisó los edificios de la pequeña población que era su destino.

Contemplándolos suspiró con alivio: estaba deseando darse una ducha y cenar algo. Le habían dicho que el único hostel del lugar era aceptablemente confortable y, sobre todo, ofrecía una excelente comida.

El caso era que no tenía reserva; pero sus compañeros le habían asegurado que no hacía falta porque el establecimiento era reconocido mucho más como restaurante que como hotel, por lo que siempre quedaban habitaciones libres.

El hostel, que estaba en las afueras del pueblo, se alzaba sobre una suave loma, mirando a una laguna, muy cerca de un bien conservado castillo medieval. Se trataba de una antigua casona de piedra, por cuyos gruesos muros trepaba libremente la hiedra. A la luz de la atardecida, le pareció un lugar agradable. Por dentro resultó ser especialmente cálido y acogedor.

Después de atravesar un gran patio empedrado y un zaguán de medianas dimensiones, se detuvo en el umbral de una amplia y bien iluminada estancia que le sorprendió, porque, a pesar de la mucha gente que en ella se encontraba, más que el comedor de un bar o de un restaurante, parecía el cuarto de estar de una numerosísima y bien avenida familia que celebrara algo.

Al fondo, un alegre fuego ardía en una enorme chimenea; las mesas, todas redondas, estaban cubiertas con tapetes de suaves colores que llegaban hasta el suelo y recordaban a las viejas mesas camillas de tiempos pasados. Estaban ocupadas en su totalidad por gentes que parecían contentas y hablaban los unos con los otros como si todos se conocieran; pero, curiosamente, no lo hacían a gritos. En las paredes había fotos antiguas y dibujos de árboles y flores.

Contra uno de los costados de la habitación se apoyaba un largo y rústico aparador, y en su frente se hallaba la barra de madera oscura delante de la cual, sentadas en altos taburetes con respaldo, había algunas personas que, mientras bebían o tapea-



ban, charlaban animadamente con el hombre y la mujer que estaban detrás.

Hacia ellas se dirigió, decidido y satisfecho, Santiago Alcina.

Su satisfacción se convirtió en profunda contrariedad cuando supo que no quedaba en el hostel ni una sola habitación libre:

—Pero si me aseguraron que no habría el menor problema en encontrar alojamiento...

—Y así es normalmente, caballero; sin embargo, estos días son especiales para nuestro pueblo y los de los alrededores. Se trata de la recogida de la castaña, ¿sabe usted? Es una antigua tradición de la zona recolectar el fruto en familia y luego hacer una popular castañada en la plaza Mayor. Casi todos los que están fuera procuran venir para estas fechas, incluso los que ya no tienen casa en el pueblo. Es por estos, precisamente, por lo que, sintiéndolo muchísimo, no puedo ofrecerle alojamiento —explicó el hombre que estaba tras la barra.

—¿Y qué puedo hacer entonces? ¿Conoce algún otro lugar en el que encontrar una habitación?

—No demasiado cerca; como le he dicho, la región es castañera, me consta que está todo ocupado; pero, como a unos setenta kilómetros, hay un parador que seguramente tendrá algo libre.

—¡Setenta kilómetros...!, eso no es posible. Las jornadas que me esperan van a ser agotadoras, y mi trabajo está aquí, no puedo recorrer cada día setenta kilómetros de ida y otros setenta de vuelta... No sé si está al tanto de que mi empresa se propone es-

tablecerse en esta localidad, lo que será una fuente de riqueza para la zona. Eso favorecerá a mucha gente... Serán muchos puestos de trabajo, y también afluencia de visitantes... Seguramente necesitarán alojamiento, y... en fin... —Santiago Alcina se interrumpió y durante unos segundos miró al hombre de la barra, a quien, desde el primer momento, había supuesto dueño o encargado del establecimiento. Después continuó hablando—: El tiempo tiene una enorme importancia para mí, créame, necesito una habitación, cualquiera, aunque sea la más modesta. Estoy dispuesto a pagar espléndidamente, y solo serán dos días, tres a lo sumo. Le aseguro que la próxima vez yo mismo me encargaré de hacer la reserva...

—Lo siento, caballero, de verdad que lo siento, el hostel está completo, no puedo ofrecerle nada... Lo que sí puedo es hacer alguna gestión en un domicilio particular, aunque no sé si podríamos conseguir algo.

—Tomás, discúlpame... ¿y la habitación cerrada?... —interrumpió de pronto la mujer que estaba junto a él.

El dueño del hostel la miró con evidente contrariedad.

—Ya sé, ya sé que es absolutamente privada y que nunca se oferta —se disculpó ella con una sonrisa entre tímida y cautivadora, y después insistió—. Sería una excepción, el parador queda demasiado lejos... Son setenta kilómetros, pero parecen ciento cuarenta. En una carretera entre montañas y

llena de curvas, no se puede ir a mucho más de cincuenta... y, además, ¿te has fijado en las nubes?... En cualquier momento puede comenzar a llover.

—¡Por favor!... Le pagaré bien, lo que me pida —suplicó Santiago Alcina.

El dueño del hostel parecía cada vez más contrariado:

—Esa habitación es algo muy íntimo... Lo sabes, Elena, ya te lo he dicho —susurró con voz sorda mirando severamente a la mujer, y después de un corto silencio añadió, dirigiéndose a Santiago Alcina—. Además, hace casi diez años que no se toca, habrá polvo en todas partes, no estará en condiciones de ser utilizada, y ahora no dispongo de nadie que la limpie tan a fondo como sería necesario... No estaría usted cómodo...

—No me importa en qué condiciones esté la habitación... De momento solo necesito un lugar en el que pasar la noche.

—Yo podría arreglarla un poco... —dijo la mujer.

—¡No! —casi gritó el dueño del hostel, con tanta vehemencia y brusquedad que ella lo miró sorprendida—. Te necesito en la barra, Elena —explicó él, suavizando su voz y su mirada. Después pareció dudar unos momentos, y por fin, moviendo la cabeza de un lado hacia otro, como si le costara un gran esfuerzo, accedió a lo que le pedían—. De acuerdo; pero no me responsabilizo de cómo esté la habitación, y conste que lo hago porque la noche amenaza lluvia y no creo que pudiera encontrar alojamiento en ningún domicilio particular.